



FRAY ANTONIO DE VILLACASTIN.

Muy lejos estamos de creer que el monasterio de San Lorenzo el Real del Escorial es la *Octava Maravilla*; pero ni nosotros ni nadie podremos ni podrá menos de confesar que es un suntuoso monumento arquitectónico, y una preciosa muestra del arte greco-romano restaurado del siglo XVI; y que por consecuencia son interesantes todas cuantas noticias pertenezcan á su fundacion. Hé aquí, pues, lo que nos ha movido á publicar en el SEMANARIO PINTORESCO la biografía de Fray Antonio de Villacastin. Fácil nos hubiera sido redactarla á nuestro modo y con nuestro peculiar estilo; pero hemos preferido extractarla de manera que queden textuales las palabras del historiador de la órden de San Gerónimo, ya por no quitarla nada de su autenticidad; ya porque siendo el autor contemporáneo de Fray Antonio, su estilo parece que por su candor nos hace confiar en la veracidad de sus palabras, al par que parece identificarnos con su época; ya en fin porque hay circunstancias y pormenores que nos encantan saliendo de la pluma del cronista y que tal vez perderian su belleza expresadas por la nuestra.

Dice, pues, *Fray Joseph de Sigüenza* en la «Tercera parte de la Historia de la órden de San Gerónimo,» lo que trascribimos á continuacion.

»Para fin y remate de toda esta historia, quiero decir la vida de Fray Antonio de Villacastin, y sirva de clave en este edificio espiritual, pues dió principio y puso la postrera piedra desta fábrica insigne. Vive agora, y al punto que esto escribo le dejo ayudando á misa, y aunque de 90 años de edad, tiene tan claro y entero juicio, que pudiera comenzar otra tan grave fábrica como esta. No se sufre alabar á nadie viviendo, por el peligro de la inconstancia humana, parece aqui no hay que temerlo porque cuando la hubiese, mas culpa seria de la edad que suya, pues le tiene ya muy acabado (aunque era un sugeto fuerte) y consumida la vista, que es otra razon que da ánimo para escribir esto, pues no podrá leerlo.

»Es este siervo de Dios, natural de Villacastin, de donde conforme al estilo de la Orden tomó el nombre: de padres honrados: ni pobres ni ricos: faltáronle presto, quedaron él y una hermana menor, y otro hermano bastardo. Llevólos á

su casa un su tío que quedó como tutor: el muchacho deprendió leer y escribir medianamente.

»Como tenia tan claro entendimiento echó de ver á tres ó cuatro años como estuvo con su tío, que se hacia hombre y no deprendia nada, hechando los ojos adelante para ver qué habia de ser de sí, pues ni sabia oficio ni letras, ni con que pasar la vida; que á mi cuenta quien la hacia tan buena entre sí mismo, no habia menester tutor, ó era de mas prudencia que el que tenia. Pensando el mozuelo un día y otro atentamente en esto, se determinó á dejar el tío y irse por ese mundo á ser hombre. Envióle un día con un real y un jarro por vino, comprólo, y cuando volvía encontráse con su hermanilla y díjole: *toma este jarro y estos menudos y llévalos á casa, porque voy á otro mandado*. Así en cuerpo sin una blanca y sin un bocado de pan se partió de Villacastin; tan fiel y tan desinteresado fué desde que nació, que ni aun en esto osó faltar ni llevarse aquellos pocos ochavos, que fuera el primer y el postrer dinero que hubiera tenido en su vida; porque hasta el día de hoy no ha tenido un real suyo el que ha gastado tantos millones: ¡singular pobreza y extremada lealtad de un muchacho, que en tanta determinacion y aprieto, aun no faltó en tan poca cosa! ¡Cómo se ve luego el buen natural y masa!...

»Pasando por el campo de Azalvaro, que está allí cerca, encontró con un arriero que habia descargado unas bestias que llevaba para que paciesen un rato: llamóle que le ayudase á cargarlas; dióle en pago un pedazo de pan y á beber, que llevaba ya harta necesidad, y tiró su camino.

»Llegó aquella noche (creo, me dijo á Naval Peral, sacándole yo á pedazos este su discurso, sin que entendiese el fin, algunos años ha) encontráse en el meson con un lacayo de un caballero que iba á Toledo con unas cartas; dióle de cenar aquella noche y en la mañana se partieron juntos y caminaron de manera que aquella noche, aunque tarde llegaron á Toledo y durmieron debajo de unas mesas de aquellas vendedoras de Zocodover.

»A la mañana, en amaneciendo, ya le tenia Dios buscado un amo; pasó por allí un hombre honrado, y como vió el mozuelo allí echado le llamó, y, preguntándole *qué*

23 DE NOVIEMBRE DE 1836.

hacia allí, y si tenía amo? sabido que no, y que *venía á buscar su vida*, como van otros muchos de aquella manera, se le llevó, concertados que le enseñaría un oficio de asentar ladrillos y azulejos, que era maestro de aquello. Estuvo en casa deste hombre algunos años, que le fué padre y maestro, le dió de comer y de vestir. Era á esta sazón de 16 á 17 años, y bien se ve, que llegó de Naval Peral á Toledo en un día y á pié.

»El maestro de nuestro aprendiz tenía dos hijos que también profesaban el mismo oficio, y entrambos le cobraron tanto amor como si fuera el tercero hermano, gran señal de sinceridad y virtud: el hombre aunque era honrado y de verdad, era áspero, severo, y así procuró no darle ocasión jamás para que se enojase con él ni le digese una palabra mala, como si se ensayara para ser religioso y obediente. Los días de fiesta se estaba recogido en casa, procuraba haber á las manos los papeles de las *trazas* de su maestro, *lazos y compartimentos* de los que se usaban en el *enladrillado y azulejos* de aquel tiempo: de suerte que ni nunca supo que cosa era jugar, ni otras travесuras, liviandades y aun suciedades, de mozos; ni tuvo un real en su poder, ni le buscó ni se le dió nada, practicando allí en el siglo aquella pobreza que decía el Apóstol: *teniendo que comer y que vestir, con eso nos contentamos, pues no hay otra necesidad para pasar bastantemente el curso desta peregrinacion.*

»Estaba ya nuestro *Anton* (así quiere él que le llamen y no *Antonio*, pareciéndole que le repulen el nombre) estaba ya buen oficial en todo, en saber obedecer, sufrir, callar, clausura, pobreza y castidad, y en asentar azulejos y enladrillar; y su maestro se holgaba en verle tan aprovechado, y aunque vía que le tomaba las *trazas* callaba, no le decía nada, loando en su pecho la virtud del mozo, aunque una vez me dijo que se las había escondido. Casó sus hijos y apartaron casa: el uno dellos, que le amaba mas tiernamente, le rogó que se fuese con él, porque aunque su padre recibiese algun enojo, luego se aplacaría. Estuvo con este su compañero, que ya no le tenían por mozo si no como hermano, algunos años, sin hacer *igual* ni pedir una blanca, ni tener mas que la comida y vestido que le daban, aunque era *muy largo oficial*.

»Como se vió ya tan hombre, que tenía de 27 á 28 años (tampoco tuvo mucho cuidado con esta cuenta) parecióle era tiempo de tomar estado: como fue siempre puro y honestísimo, no se aficionó á casarse; aquella libertad y generosidad que Dios puso en su alma para no rendirse á cosa de la tierra, le hacía rehuyese de tan pesado yugo: parecióle seria bien retirarse en una religion, y servir allí á Dios en lo que le mandasen. Había trabajado con su amo en diversos monasterios de aquella ciudad, y particularmente en San Francisco y en la Sisla. Fué á San Francisco á pedir el hábito, y no se le dieron diciendo que *tenían muchos frailes*: no le tenía Dios para allí. Fué luego á nuestra casa, de la Sisla; habló con un fraile que le conocía, descubrióle su intento, y respondióle, que le *recibirían de buena gana*. Tornóse con esta respuesta á su compañero; y por no dejarle así sin decirle nada, fingió que le habían escrito de su tierra que *había necesidad fuese allá*: pidióle que le *diese algun dinero para el camino*. Habíase muerto aquellos días la mujer á su amigo, y respondióle:—*Anton yo os prometo que no tengo dineros, porque en el entierro y en otros embarazos lo he gastado; mas veis aqui las joyas que dejó la malograda, empeñadlas vos por lo que quisiéredes, y llevad lo que os pareciere*.—Respondió nuestro Antonio:—*Nunca Dios quiera yo haga eso: tantos años ha que estamos en compañía y nunca os he sido molesto, y ahora habia de empeñar las joyas que tanto quereis? dadme lo que tuviéredes en la bolsa que eso bastará para mi jornada*.—Sacó la bolsa y vacióla en una mesa: partió el mismo Anton el

dinero, tomando un real para sí y otro para su compañero, y desta manera los demas; y dijo:—*Esto me basta: queda con Dios; que no puedo escusar este camino*. Fuese al monasterio, y diéronle luego el hábito.

»Preguntéle:—*¿Para qué quería aquel dinero; pues se iba á meter fraile?*—Respondióme, que *por no ir así tan desnudo; y de vergüenza porque no dijese que no llevaba blanca*.—Este fué el primero y postrero dinero que tuvo en su vida, y no le sirvió de mas de llevarlo de Toledo á la Sisla. Con este caudal de una vida inculpable, sencilla y santa, entró nuestro Fray Anton en la orden de San Gerónimo el año 1539, cerca de la fiesta de Nuestra Señora de Marzo, que es la Anunciación, siendo general el padre Fray Pedro de la Vega. Aquella misma rectitud y limpieza de vida ha guardado hasta este año de 1602; de suerte que el mes de marzo pasado cumplió 73 de hábito, y 27, que por lo menos tenía cuando entró, son 90 y mas. Diéronle el hábito, no para hermano lego sino para corista... (1) Y díjome que había escogido esto, porque si acaso algun prior no le ocupase en oficios, pudiese servir de algo estando cantando en el coro, porque aborreció siempre la ociosidad...

»También ha sido obrero desde que tomó el hábito, y nunca se desdenó del oficio. En su casa primera de la Sisla hizo muchas obras, las que le mandaron y eran forzosas; porque tampoco las buscaba ni inventaba, porque aquella quietud grande que Dios puso en su alma le hizo siempre enemigo de invenciones; y cuando veía que la cosa se podía entretener y pasar sin mucho detrimento ó fealdad, quería pasase y entretuviese así: los ingenios desasosegados no querían que ninguna cosa estuviese quieta, sino revolverlo y mudar lo todo, y perder tiempo y dineros y dejarlo peor que estaba.

»En el monasterio de nuestras religiosas de San Pablo, hizo también muchas obras y de gran importancia; y cuando acabó, que duraron años, no dejó allí ninguna de estas que llaman devotas, ni devociones, ni quien le escribiese billetes, que también son pocos los que se escapan de este lazo cuando es mucho el curso.

»Después desto se le llevaron á hacer aquel aposento y celda, (llamémosla así) del gran emperador Carlos V, en el monasterio de Yuste, conforme á la traza que él (2) había enviado de Flandes. (3)

»Lo que en él (en el aposento) hay, (porque lo digamos aqui de una vez, que todo es harto poco) es esto. Está plantado al Mediodía en respecto de la iglesia que le hace espaldas al Norte, y á la parte de la huerta, donde se descubre una larga y hermosa vista. Lo principal de toda la fábrica son 8 piezas ó cuerdas de á 20 piés, poco mas ó menos, en ancho, y 25 en largo. Las 4 piezas estan á la huella y casi al mismo andar del cielo bajo; y las otras 4 responden puntualmente debajo de ella, porque como la casa está levantada en la ladera de una cuesta muy alta, el edificio va cayendo como por sus poyos. Estas 4 piezas así altas como bajas, las dividen dos tránsitos ó callejones que van de Oriente á Poniente: el alto sale á una plaza con un colgadizo grande al Poniente, adornado de muchas flores y diversidad de naranjos, cidros, limones, y una fuente bien labrada. El bajo á la huerta, y á lo que cae debajo desta plaza ó colgadizo, que se sustenta sobre columnas de piedra y pilares de ladrillo. Las piezas tienen sus chimeneas en buena proporción puestas; y sin esto, una estufa á la parte de Oriente,

(1) «Corista, que es en esta orden un estado medio entre sacerdotes y hermanos legos.»—(El mismo P. Sigüenza.—Tercera parte de la Hist. de la orden de S. Gerónimo, Lib. III, Discurso III.)

(2) El Emperador.

(3) «Para maestro, digo obrero principal de esta fábrica, que no era grande, señaló el general (Fr. Juan de Ortega) á Fr. Antonio de Villacastin.» Sigüenza, lugar citado.

donde también hay otro jardín y fuente, de mucha variedad de flores y plantas singulares buscadas con cuidado. Escaleras para subir al coro y bajar á los aposentos, bien trazadas; y al fin rodeado todo de naranjos y cidros que se lanzan por las mismas ventanas de las cuadras alegrándolo con olor, color y verdura. Esta es la celda de aquel gran Monarca Carlos V, para religioso harto espaciosa, para quien tanto abarcaba pequeña. Hizola Fray Antonio de Villacastin en año y medio, para que acabase allí la vida este Monarca, con la fidelidad, facilidad y prudencia que despues acá ha hecho este famoso *mausoleo* de San Lorenzo para sepultura del mismo y de su hijo.

«Vuelto á su casa tan humilde y tan pobre como se fue, allí le cargaban de mil oficios: díjome que habia sido 15 años hornero, y que sabia bien heñir: y junto con esto hacia la portería y otras haciendas, sin rehusar punto de la carga que le ponía la obediencia.

«De allí le llevaron á un monasterio que se llama *la Luz*, y hizo otras cien obras de sus manos. Finalmente le trageron aqui, para donde parece le habia Dios guardado y traído por todos estos pasos.

A lo que agora resta de su vida de obrero no sé que nombre le ponga para que lo abrace todo. A veces me parece un gran caudal de prudencia; otras excelente claridad de juicio y un marco extraordinario; y aunque tiene cada cosa destas mucha parte, para atribuirle todo lo que se halla en este fraile ninguna lo abraza todo, y siempre me resuelvo en ponerlo debajo del título de un obrero santo, que es decir, ha sido Fray Antonio de Villacastin un obrero que comenzó y acabó una obra que ni basta prudencia, ni claridad, ni marco de entendimiento á darle tan feliz, tan pacífico, tan claro y tan liso remate, sin cuentas ni trabacuentas, ni ojos, ni sospechas, ni engaños, si no le tuviera Dios de su mano, si no estuviera muy en su amor y en su gracia, si no lo hiciera por solo Dios y por la obediencia, sin respetó pretension terrena, ó favor ni gloria humana. Creo que lo he dicho todo en una breve suma: no bastará para que lo entiendan todos; haré algun descenso á los particulares en que se declarará lo que basta. Presupongamos primero las diferencias de gentes y naciones diversas que han concurrido en esta fábrica (1). De las provincias de España no ha faltado ninguna: castellanos, aragoneses, portugueses, navarros, vizcainos, valencianos, gallegos. De Italia y Flandes han acudido muchos, diferentes en condiciones, aficiones, oficios; trazadores, arquitectos, hombres de pluma y papeles, veedores, pagadores, contadores, sobrestantes, (pretendientes todos que buscan mejorar sus puestos y adelantarse: sugeto de envidia, puntas y repuntas,) aparejadores de cantería, albañería, carpintería, pintores, doradores, iluminadores, escritores, bordadores, ensambladores, canteros, carpinteros, herreros; campaneros, asentadores, soladores, pizarreros, plomero; y todos estos de muchas suertes, unos mas bajos, otros mas altos, mas bastos y mas primos. Dejo otra infinidad de gente mas ordinaria, que apenas sabemos poner nombre á sus oficios y ejercicios: los que hacian sogas, maromas, espuertas, serones, capachos; otros redes de hierro, otros vidrieras, otros cal, otros estuque, otros ladrillos, teja y yeso, y un tropel grande de peones. Todos estos colgaban de un solo obrero, Fray Antonio, todos acudían á él, á todos los entendía, componía, concertaba y despachaba; y (lo que pone espanto) contentaba y satisfacía; y hasta el día de hoy no se atravesó, ni tuvo palabras con nadie ni nadie con él, ni se le descomedia hombre; y las diferencias y pleitos que entre ellos nacían, (que eran muchas, por encontrarse en mil cosas, y no podía ser menos), en un punto los atajaba, deshacia, concertaba con grandísima brevedad y facilidad, y

aun con equidad y justicia; y cosas no de pequeño interés y diferencia, que en otro menor marco y valor no tuvieran tan buen suceso. ¡Qué prudencia sería menester para componer en tan excelente concordancia cuerdas tan diferentes! Muchas veces me iba allí á su celdilla; que era el tribunal de su audiencia, y via despachar una infinidad de negocios y pleitos, bien graves y de interese, con tanta facilidad y claridad que me reía de las decisiones de Cebola, Trebacio ó Papiniano. Admirábame la obediencia y el respeto que tantos hombres, tan libres, tan ariscados y enojados unos con otros, tenían á un fraile, que al fin ni era letrado ni sacerdote, y cuán rematado y en paz quedaba todo, y qué contentos volvían unos y otros. Esto me parecía á mí que era de mas alto principio que de la que llamamos *prudencia humana*; y en la verdad así era, porque habían concedido todos la pureza del alma deste hombre, aquella lisura con que sin pasión ni afición, lo miraba todo. Esto les hacia rendir sus pareceres, y perder sus intereses aun cuando fuese manifesto el agravio, que raro ó nunca lo era. También era muy de ver las respuestas que daba á las dudas y á las preguntas de todos cuantos allí venían: llegaba un extranjero ó un asentador de la iglesia ó otra cualquier parte de la fábrica, colegio, pórtico, casa Real, y decíale: —*padre Fray Antonio, á tal parte llegamos con la froga, ó sillares, ó carpintería y madera; ofrécese este inconveniente si proseguimos desta ó estotra manera; no está bien en la traza ó en los trazos, ¿qué haremos?*—Como si estuviera presente, como si él fuera el trazador ó el que iba ejecutando ó asentando, respondía con suma resolución: —*haced esto, dejareis eso, quitareis aquello, añadiréis lo otro*; y esto hacia con todas las diferencias de oficios que hemos dicho, como si fuera ángel que sin pasar por el medio, súbito se ponía en cualquier lugar: así lo determinaba y acertaba; y como decía, quedaba bien hecho, y la dificultad allanada. Yo me quedaba mil veces admirado con qué seguridad y con qué presteza estaba en ello y al cabo dello.

«Y no solo en estas cosas que como mas gruesas y de tomo, parecen que aunque eran muchas, embarazadas y distantes podía tener memoria y cuidado dellas; de las menudas era lo mismo: del clavo, del ladrillo, del encerado, de la pizarra, del azulejo y aun de la tachuela, y de otras cien mil baratijas tenía la misma providencia y noticia, como un dios desta fábrica. Al dorador le daba el oro, al pintor los colores, y conocía sus finezas y diferencias, al que pintaba al oleo unas, al del fresco otras, al iluminador otras: los pinceles, el algodón, las salseras, todo lo tenía tan prevenido y tan á punto, que ninguna cosa estorbaba con la otra, ni por falta desta paraba aquella. En asentándose las jambas, ya tenía prevenidas las rejas ó el parapeto; en llegando la froga y la pared á su altura, ya estaba la madera labrada...

«Estuvo muchos días en esta obra despues de venido que nunca habló con el Rey: si le via venir por una parte echaba por otra. El Rey tenía gana de hablarle por las buenas nuevas que le daban de su juicio; y cuanto mas via que el fraile huía las ocasiones, tanto le estimaba en mas y le crecía la gana, porque en aquello se le echaba de ver el buen seso; que otro fuera que se le atravesara en cada parte. ¡Tanta gana tienen los indiscretos que los conozcan!

«Al fin un día le vió el Rey encima de un paredon comenzado (que no tenía salida, donde no se le podía ir), y allí le habló la primera vez: preguntóle algunas cosas de la fábrica; respondióle con prudencia, y en la plática le dió algunos avisos de cosas que tenía advertidas, para que Su Magestad las mandase remediar: contentáronle al Rey; vió que tenía razón, y mandó que se hiciese como Fray Antonio decía. Desde esta vez le mandó llamar á menudo, y oía sus pareceres; y vino á estimarle en tanto, que ninguna cosa quiso hiciese el arquitecto Juan de Herrera, que no la comunicase, con Fray Antonio, primero; y si no le conten-

(1) La del Escorial.

taba tampoco le asentaba al Rey: ¡tanto concepto tuvo de su claro juicio y de sus pareceres asentados y seguros!

»Estaban una vez el Rey y su obrero Fray Antonio tratando del discurso de la fábrica y de cosas muy adelante: dijo Su Magestad con algun sentimiento:—*¡Como hablamos, Fray Antonio, desto como si lo hubiésemos de ver!*—Respondióle con un ánimo grande y con un espíritu como profético, diciendo:—*¿Cómo no, señor? Por el hábito que tengo, si no estuviese muy cierto que V. M. lo ha de ver acabado y gozarlo muchos años, que no pusiese un ladrillo mas.* Y es sin duda que le animaron al prudente Monarca estas palabras, de suerte que concibió en su corazón le había Dios enviado aquella respuesta por la boca de aquel su siervo. Ello, á lo menos, sucedió así; y no dijo cosa este fraile, de lo que tocaba á cosas por venir acerca desta fábrica, que no le saliese verdadera; y esto todo mas parece que pende de otra parte que de sola claridad de juicio humano.

»Como vian los caballeros que el Rey hacia tanto caso de Fray Anton, y hallaban en él tanto valor y tanto marco, quisieran regalarle y servirle en algo: enviábanle algunas cosas del Estado ó de la mesa del Rey; jamás recibió ninguna: decia que se las llevasen al Prior, que él no recibía nada. Estando en la celdilla donde despachaba los negocios, le envió uno de los mayordomos un gran regalo (como ellos llaman) de cosas de comer, en unas fuentes de plata: dijo al que las traía, *que se las volviese, porque él no las habia de recibir.* El paje porfió diciendo *que no las osaria volver, que las dejaria allí.*—*Haced, señor* (dijo Fray Antonio) *lo que quisiéredes.* Dejólo todo allí y fuese. Volvió de allí, á no sé cuánto, por las fuentes, y preguntando por ellas, le dijo: *mirad que las pusistes, que allí estarán:* hallólas de la manera que las había dejado, y lo que tenían dentro ya pasado y corrompido: llevóselo harto maravillado de la entereza del fraile, que aun no había mirado lo que tenían dentro. Con estos despegamientos ó sacudimientos (como quisieren llamarlos los cortesanos) los despidió á todos, y los escarmentó para que no enviasen estos recados ó regalos, que si se reciben no hacen todas veces buen provecho, y por lo menos quitan gran parte de libertad.

»Ha sido maravilla y como milagro haberse sustentado este siervo de Dios tanto tiempo entero, y que no haya peregrinado en medio de tantas desgracias y muertes como en esta fábrica han sucedido (accidente ordinario en las obras grandes; y en respecto de las que en otras menores suceden, han sido pocas aunque ha habido hartas); parece que Nuestro Señor le ha guardado, porque él jamás tuvo miedo, ni recatos demasiados (mas de aquellos que una ordinaria prudencia pone), confiando en Nuestro Señor, y en que solo trabajaba por la obediencia, porque es imposible prevenirlo todo. Dió una caída de un andamio abajo, que fue como milagro no morir: hirióse bien; y Dios le sanó presto. Otra vez le dió un ladrillo en la cabeza y le hizo una mala herida: también sanó luego. En estos desastres, y en otros, estaba con tanta entereza como si no pasara por él. Otros lo celebrarán y vendieran mucho, y los supieran curar con mas regalo...

»Jamás tuvo ruido ni trabacuentas, aunque todo cuanto dinero se daba era por cédula suya, y cuanto dinero se iba librando á los estajeros y sobrestantes y á tanto género de oficiales; y para esta claridad y llaneza tan grande, ni tenía oficiales ni escribiente, sino él asentaba en un cartapacio ó libro, de su misma mano, todo lo que mandaba pagar y iba librando. Tenia tan buen tanteo y juicio en todo, que no daba blanca que no supiese como y en qué estado traía el maestro ó estajero ó oficial la obra, para no darle mucho dinero adelantado, y si muriese ó faltase, quedase el Rey y la fábrica con pérdida. Quien viera sus libros se riera mucho dellos: ¡asi fueran todos los de la Hacienda del Rey de tal

claridad y limpieza, aunque no tuvieran mejor aliño ni letra; que por lo menos fueran *de buena tinta!*..

»Acabada toda esta fábrica; quiso Nuestro Señor visitarle con otro toque de merecimiento,... fuéronsele haciendo unas cataratas, que casi de todo punto le dejaron ciego. Abatiéronle la del ojo derecho, que parecia la mas cuajada: erráronle la cura, y padeció mucho trabajo en ella con harta paciencia; y al fin corrompido el ojo se le va secando y consumiendo. Despues le abatieron la otra, y se acertó algo mas; aunque es poco lo que ve.

»Tal cual está hace todo lo que debe á buen fraile, y tiene tanto cuidado en acudir al coro todos los dias, como si agora comenzara á ser fraile; aunque la vejez es tanta que por mas que se esfuerza le derriba. Va á la sacristía, pónese su sobrepelliz á tienta y como puede, y ayuda á misa como un novicio: el mayor dolor que siente en la falta de sus ojos es no poder hacer esto tan bien como quisiera, y estarse allí todo el dia haciendo este santo ministerio. En este estado le tenemos hoy dia de San Mateo, el año 1602, que es gran consuelo tener tal ejemplo á los ojos.»

A.

SOBRE LA POESIA ORIENTAL.

II.

Los persas, moradores de un país de los mas amenos y deliciosos del mundo, han tomado las imágenes de su poesía de la fecundidad y lozanía de sus campos, de la benignidad de su clima, de sus floridos pensiles, del amor á los placeres y dulzuras de la vida, y de los sentimientos mas tiernos y dulces del corazón. Y aunque son tres los géneros de poesía que han cultivado con preferencia descollando en ellos sus tres ingenios mas famosos, á saber: *Firdusi* en la épica, *Sadi* en la moral y *Hafedh* en la descriptiva, sin embargo, al último género merecen reducirse en rigor los dos anteriores, dejando sentado que es su poesía mas sensual que la de ningún otro pueblo. Casi todas las imágenes de la poesía persa se reducen á las flores, al ruiseñor y al vino. Si alguna vez se eleva á asuntos mas altos y se reviste de la magestad de la epopeya, no por eso se despoja de tales similes é imágenes. *Firdusi* (1), el *Homero* de los persas, en su famoso poema *Xah Nameh* ó el libro de los Reyes, donde celebra las hazañas de los antiguos reyes y héroes de Persia, llora en la siguiente elegía al Príncipe *Isfendiar* muerto en un combate por el esforzado *Rustem*.

»En la oscura solitaria noche suena el canto del ruiseñor.

»Mas el viento y la lluvia combaten á la rosa...

»¿Por qué causa se habrá entristecido el ruiseñor?..

»Posándose en la rosa desata su voz.

»¿Quién puede entender lo que el ruiseñor habla?..

»¡Ah! gime por la muerte de *Isfendiar*.»

Los amores del ruiseñor y la rosa, son el asunto favorito de la poesía persa. De las poesías de *Hafedh* (2) consagradas todas al elogio del vino y del amor, copiaremos traducidos los siguientes trozos, como muestra del gusto poético de los persas.

»Preséntanos el vino, oh mancebo, pues llega la estación de las rosas...

»Con festivo alborozo dirijámonos al verjel.

»Como ruiseñores, busquemos un nido de rosas.

»En el retiro del verjel libemos la copa del generoso vino.

»Pues llegan las rosas anunciando la alegría.»

«Cuando mires sonreír á la rosa, no te dejes engañar por vanas esperanzas, oh ruiseñor.

(1) *Firdusi*: este famosísimo poeta persa floreció desde mediados del siglo IV de la egira (X de nuestra era) hasta principios del siguiente.

(2) *Hafedh*: fue naturalde Xiráz en Persia, y murió en 797 de la egira 1395 (de J. C.)

»Porque no hay que fiar en la rosa, aunque ella sola encierre la hermosura de todo el mundo.»

Los siguientes versos del mismo Hafedh, y en que se halla resumida toda la poesía de los persas, prueban hasta qué punto domina en ella el sensualismo.

«No hay placer como el florido huerto; besar las tiernas mejillas, libar el generoso vino y aspirar el perfume de las rosas.»

La flor del nenúfar presta imagen á otro poeta persa para los siguientes bellísimos versos que dirige á su amada:

«Si visitando en la noche el jardín, llegas á la orilla de un estanque, en donde crece el nenúfar, sus flores, engañadas por el resplandor de tus gracias, se alzarán al punto sobre las ondas, creyendo al sol de retorno.»

F. JAVIER SIMONET.

FENOMENOS EXTRAORDINARIOS.



Figura de la mujer con dos cabezas.

»Cuenta Coelio Rhodigino que se vieron en Italia dos mopstruos, varon el uno, y el otro hembra, cuyos cuerpos eran en todo bellos y hermosos, excepto en tener dos cabezas. El varon murió á los pocos dias de nacer; pero la hembra, cuya figura es adjunta, vivió 25 años, lo cual es contrario á la comun condicion de los mopstruos, porque con mayor frecuencia sucede que su vida sea sumamente breve; pareciendo que nacen y viven á pesar de la naturaleza. Añádese que á sí mismos se desagradan mucho, por ser el lu-

dibrio de los demas mortales, y así creen serles acerba la vida.—Es sin embargo dignísimo de notarse lo que Lycosthenes cuenta de este mopstruo hembra: pues, aparte la duplicidad de la cabeza, la naturaleza le habia formado todos los miembros á cual mas lindos y perfectos. Aquellas dos cabezas tenian el mismo deseo de comer, de beber, de dormir, de hablar, de todas las cosas: mendigaban de puerta en puerta su sustento; y todos liberalmente se la daban.



Figura de las dos niñas unidas por la espalda.

»En el año de 1473 en Verona, ciudad de Italia, nacieron dos niñas estrechamente unidas por la espalda desde la parte inferior de los húmeros hasta las nalgas. La novedad

del mopstruo impelió á sus pobres padres á llevarle por todos los pueblos de Italia para sacar dinero de la multitud que se reuniese para verle.»

UNA VIOLETA,

POR DON MANUEL IBO ALFARO.

Dedicado á su querido amigo

DON BIENVENIDO V. CANO.

(Continuacion.)

IV.

El día siguiente á las cuatro de la tarde, estaban sobre mesa en el sencillo comedor de su casa, la tía de Adamina, esta y su padre.

En todos reinaba la mayor alegría, y la jóven especialmente se deshacía en caricias con su amado padre.

Este caballero era alto, seco, canoso y con bigote largo. Aun en aquel instante de placer aparecía severa su mirada, su fisonomía adusta; y al través de sus arrugadas facciones se leía un rasgo muy caracterizado de orgullo.

Todos estaban muy complacientes unos con otros, y en la mesa reinaba completa jovialidad: mas á pesar de esta jovialidad, fácilmente se dejaba traslucir el excesivo respeto y aun temor con que Adamina y su tía trataban al padre de esta.

Tía y sobrina habían convenido aquella mañana, en que tan luego como comiesen los postres, los dejase solos Adamina para enterar ella á su padre del estado de su corazón.

Así fue en efecto: no bien la doncella había retirado de la mesa un plato de aceitunas y una taza de cristal con almivar, cuando levantándose de su asiento Adamina, dijo mirando con cariño á su padre.

—Si usted me da su permiso, papá, me retiraré á mi gabinete á terminar una labor.

—No te fatigues mucho, hija mía, le dijo su padre.

—No me fatigo, respondió Adamina.

E imprimiendo un beso en la frente de su padre, cerró á su espalda la puerta del comedor.

Entonces la buena Adela fue á comenzar á hablar, pero se lo impidió su cuñado que se espresó en estos términos, mientras encendía con gravedad un puro.

—Ahora que nos ha dejado solos la niña, voy á enterarte, Adela, del pensamiento que he determinado realizar con ella.

La pobre anciana se estremeció á esta introducción, pero no se atrevió á responder una palabra.

El padre de Adamina prosiguió:

—Ya sabes, Adela, que desde que murió mi esposa, no he tenido otras delicias que las que me ha proporcionado mi hija, y que todos mis desvelos se han dirigido siempre á labrar su felicidad.

—Lo sé; repuso maquinalmente la anciana.

—Yo temo mucho el matrimonio, porque en mis rígidos principios, son muy pocos los que encuentro como debieran ser; por lo que obedeciendo mis instintos, quisiera que mi Adamina no se casase nunca, porque francamente Adela, en estos tiempos de corrupción que atravesamos, es tan difícil encontrar un buen marido como una buena esposa: pero yo soy viejo, no quiero hacerme ilusiones; mi Adamina no debe quedar soltera en el mundo si yo me muero; y puesto que se me presenta un jóven de buena posición y bellísimas prendas, no creo oportuno desperdiciar para ella esta ocasión: ¿Qué te parece Adela?

—No me parece mal; respondió la anciana asustada: ¿pero ella lo conoce?

—No lo conoce; mas eso ¿qué importa? este jóven es hijo de un amigo mío que murió hace años, y nos apreciábamos en el alma.

—Sí, pero... murmuró entredientes Adela.

—¿Qué pero? repitió con severidad su cuñado.

—Nada; respondió con timidez Adela, pero si acaso la niña estuviese encaprichada con otro...

—¿Con quién ha de estarlo, si no ha visto á nadie nunca...?

—Sí, mas pudiera ocurrir...

—¿Sabes tu algo? dijo con terrible mirada el anciano.

—No, no se nada; respondió asustada la tía; mas como hace un mes que está en la corte...

—En todo caso serian amores de corte... repuso el anciano sonriendo con ironía. Nada, nada, Adela; el jóven con quien se va á casar está en Madrid ocupando una brillante posición; y aunque á mi no me acomodara este enlace, que bajo todos conceptos deseo; ya no tiene remedio, está comprometida mi palabra; y Adamina, ya verás, es tan buena que al instante entrará en este matrimonio muy gustosa.

—¿Y si lo resistiese? preguntó afligida Adela.

—Le obligaré á obedecer: respondió su padre con enfado.

La pobre anciana no se atrevió á replicar.

El padre de Adamina tiró el cordón de la campanilla. Cuando se presentó la doncella le dijo:

—Di á la señorita que entre. Y tu, prosiguió dirigiéndose á Adela, déjanos solos, veras que errada sales en tus cálculos.

—¡Adios Leopoldo! exclamó la anciana; y enjugándose furtivamente las lágrimas con el pañuelo, se dirigió á su cuarto.

V.

A los pocos instantes se presentó Adamina en la habitación en que estaba su padre.

El pez que otra vez surca la corriente del cristalino arroyo de donde se le ha arrancado; el pájaro que huyendo de la jaula tiende otra vez sus alas por el aire; el pichon silvestre que entre la espesura de los bosques vuelve á encontrar la paloma que el estampido de la pólvora auyentó de su nido; no se hallan mas alegres, mas risueños, ni mas ufanos que lo estaba Adamina cuando se acercó á su padre.

Inocente niña y sin orgullo, columbraba en su esperanza de virgen, un blanco porvenir que enagenaba su alma; y aunque en su padre observó un gesto mas severo que de costumbre; no hizo esto otra cosa que alegrarla mas y mas, porque era de opinion que el hombre cuando trata un asunto de interés, aunque aquel sea halagüeño, reviste sus facciones de dignidad.

Adamina anhelaba que hablara su padre, porque la infeliz niña esperaba de cada una de sus espresiones, ver brotar un raudal de felicidad.

Su padre no se hizo esperar mucho, pues tan luego como su hija se sentó frente á frente, le dijo en tono dulce aunque siempre grave:

—Acabo, hija mía, de hablar con tu tía de un asunto concerniente á tu dicha.

—Ya supongo yo que todo aquello en que usted se ocupe de mí, será para labrar mi dicha. Respondió la niña sin poder ocultar una halagüeña sonrisa.

—Así es en efecto; yo solo anhelo la vida por ser te útil: pero como no debo vivir tanto como tu, quisiera dejarte acomodada antes de que llegase el terrible instante de separarme para siempre de ti.

—Papá, lo interrumpió Adamina; para hablar de mi felicidad no hay necesidad de recordar ese instante, cuyo solo pensamiento me llena el alma de amargura.

—Tienes razon hija mía: en fin, la mujer ha nacido para unirse á un hombre; y cuando se encuentra uno que por su carácter y su posición puede labrar la felicidad de la mujer no deben despreciarse sus ofrecimientos. Yo se tu manera de pensar, y por ello estoy seguro que no desperdiciarás la ocasión que hoy te presento

—No la desperdiciaré, padre, respondió la niña, y bajó la vista ruborizada.

Su padre la miró con satisfacción.

—Yo no conozco al novio que te ofrezco; pero sé que es elegante, rico, de talento, de muy buena conducta, y sobre todo sé que te ama.

—Sí, padre, me ama, también yo le amo: exclamó la niña enagenada.

—¿Pues qué, lo conoces tú? preguntó su padre admirado.

—¿Pues no he de conocerlo? ¿pues qué no le ha dicho á usted mi tía que viene á visitarnos todas las noches?

—¿Quién?

—El novio de quien usted me habla; el joven que me ama y á quien amo.

—¿Qué joven es ese? exclamó su padre pálido por la sorpresa.

—¿No le ha enterado á usted mi tía de todo? preguntó Adamina alarmada.

—Tu tía no me ha dicho nada; pero ahora todo lo comprendo.

—¡También yo lo comprendo, papá mío!

—¿Es decir, que te has encaprichado con algún necio de la corte?

—No es un necio...

—¿Pero lo amas?...

La niña fluctuó en la duda mas acerva.

—¿Lo amas? volvió á preguntar su padre con encono.

—Sí señor, respondió Adamina con timidez.

—Pues es necesario que lo olvides.

—¡Papá!...

—Y pronto. Yo vengo ahora de un largo viaje solo por ajustar tus bodas con la familia de un brillante mancebo que vive aquí en Madrid: yo he empeñado ya mi palabra de casamiento en tu nombre; mañana te será presentado tu futuro, y es preciso que borres de tu memoria todo lo que no sea él.

—¡Por Dios papá! exclamó Adamina anegada en lágrimas, tenga usted compasión de su hija...

—Porque te tengo cariño, que es mas que compasión, estoy dando estos pasos: yo arrancaré de tu espíritu esos desvaríos de la corte.

—No son desvaríos, papá; es un cariño sincero que mi tía tiene ya autorizado

—¿Y dónde ves á ese joven?

—En casa.

—¿Viene á visitaros? preguntó con mas encono.

—Todas las noches.

—Yo haré que no venga mas.

Y se levantó de la silla.

—¡Por Dios papá! ¿qué va usted á hacer? exclamó la niña angustiada.

—A labrar tu felicidad: respondió el padre saliendo bruscamente del comedor.

La niña anegada en lágrimas corrió al gabinete de su tía.

...¡Oh esperanzas de placer... que engañadoras sois sobre la tierra!...

VI.

—¡Tía de mi vida!... exclamó Adamina dejándose caer sollozosa en los brazos de su tía.

—¡Hija de mi alma! exclamó su tía apretándola contra su regazo.

—¡Todo se ha perdido!...

—¡Tu padre es un tirano!...

—¡No habéis mal de mi padre; es mi padre!

—¡Es tu verdugo!...

—¡Por Dios, tía!

—Siempre ha sido ese su defecto; hacer su voluntad sin compadecerse de nadie; ese carácter seco é insensible, envió cuanto antes á tu madre á la sepultura...

—¡Madre de mi corazón...! exclamó Adamina.

Y de nuevo se anegó en lágrimas.

—Llora hija mía; la decía su tía llorando también: llora en el regazo de esta anciana que te idolatra; yo soy ahora tu madre, tu única madre, porque al morir aquella, me dijo con voz moribunda, *vela hermana mía en este mundo por mi hija, pues no le queda otra madre que tu.*

Al oír estas palabras cesaron de brotar lágrimas los ojos de Adamina; se arrodilló delante de su tía; cruzó las manos junto al pecho; inclinó al suelo su frente de jazmín; y permaneció algunos instantes dominada por un sentimiento religioso.

Después de contemplarla un minuto su tía, prosiguió conmovida.

—¿Qué te ha dicho tu padre?

La niña se sentó en una silla inmediata á su tía.

—Me ha dicho, respondió con languidez, que no vuelva á acordarme de ese joven, porque mañana vendrá á visitarme el que tiene comprometido para mi esposo.

Tía y sobrina estaban sentadas en el balcón; en el mismo sitio donde tantas veces habían visto deslizarse dulces momentos de felicidad.

—¿Y qué diremos á la noche á Alfredo? preguntó la tía con acento de dolor.

—No lo veremos mas, respondió la niña con acento languido de resignación.

—¿Por qué? preguntó la tía admirada.

—Porque ha dicho mi papá que él hará que ese joven no ponga mas los pies en esta casa.

Las dos callaron, y el canario cual si conociera la triste situación de sus amas, comenzó á píar á media voz con suave modulación, mirándolas con acariciadores gestos.

Después de un largo rato de misterioso silencio, exclamó Adamina fijando su vista en las nubes de jacinto que festonaban la atmósfera.

—¡Dios mío! ahora que lo pierdo para siempre, conozco cuanto lo amaba mi corazón...

Y rompiendo en un raudal de lágrimas se dejó caer de golpe en el regazo de su tía.

Su tía la abrazó cariñosa, y levantó los ojos al cielo.

Mientras esta patética escena ocurría en el gabinete de Adamina; sentado su padre en el escritorio de otra habitación inmediata, escribía esta carta:

Muy señor mío: he sabido que con intenciones de pretender la mano de mi hija, la honraba usted todas las noches viniendo á hacerles la tertulia á ella y á su tía. Yo doy á usted las gracias por su fineza; pero como mi hija está comprometida con otro caballero, le suplico á usted que desista de su empeño, y por lo tanto que no se moleste en continuar sus visitas á esta casa.

Con este motivo se ofrece de usted S. S. Q. B. S. M.

LEOPOLDO LOZANO.

Cuando hubo cerrado esta esquila con lacre, y puéstole el sobre, tiró el cordón de la campanilla, y en tono severo dijo á la doncella que se presentó al instante:

—Leonor; conoces tú á ese caballero que venía todas estas noches, á hacer la tertulia á las señoras?

—Sí señor.

—¿A qué hora acostumbra á venir?

—De ocho y media á nueve.

—Pues toma esta carta: espéralo esta noche á esa hora en la puerta de casa; cuando venga le dices que las señoras han salido, le entregas la carta, y cuidado que tu ama ni mi hija lleguen á traslucir nada de esto.

—Bien señor.

La doncella salió del gabinete y cerró tras de sí la puerta. (Se continuará.)

EPIGRAMAS.

Un *probo* Escriba pidió
guantes á Juan cierto día,
y entre dos mil que probó
ni un solo par le venia.

Miró Juan al Escribano
y exclamó sin vacilar:
«¿cómo guantes á su mano
pretende usted ajustar,
teniendo mas largas uñas
que las rapaces garduñas?»

Un lindo cuadro miraba
cierto estudiante *tronera*,
y al pintor aseguraba
que si su Tío le viera,
por él su fortuna daba.

El pintor sin ningún ruego
el cuadro le llevó al Tío,
y este dijo: «desde luego
diera yo, querido mío,
mis bienes por no ser ciego.»

A su cotorra una Inés
daba besos abundantes,
yo la dije: «¡qué bueno es
amar á sus semejantes!»

DAVID ACEBÁL.

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA,

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LA CORTE DEL CALIFA.

Ha muerto Almanzor, el grande,
el guerrero, el victorioso,
de dolor y de vergüenza,
al verse vencido y roto.

En CALAT-AÑAZOR queda
escrito en sangriento polvo
de su estrella deslustrante
el eclipse pavoroso.

Y en METYMA-SELIM yace
convertido en frío tronco
entre el hierro de las lides
del Islam el brazo heróico.

¡Ha muerto Almanzor!... El grito
de aquel ser, de aquel aborto,
pastor en las apariencias,
y en realidad sombra ó monstruo,

Fue una adivinanza horrible;
asaz cierto testimonio
de catástrofe tan fiera
para el Agareno Emporio.

Y los de Córdoba plañen,
y lanzan ayes sonoros,
que repiten por las vegas
ecos tristes y medrosos.

¡Bien os doleis los creyentes,
bien podeis llorar, los moros,
que la tempestad arrecia,
y el bajel perdió el piloto!

¡Ya lo veis!.. Bandos y azares
la corte de Hixen es solo,
una vez desecho el lazo
que unia en su gloria á todos.

En el serrallo el Califa
sumido en placer y en ocio
á merced de sus esclavas
se olvida hasta de sí propio.

Victima de favoritos
y ludibrio de ambiciosos
ni ve, ni piensa, ni siente...
¡qué degradacion! ¡qué oprobio!...

Teneis un Rey sin reinado,
una sombra ocupa el solio;
pues tiene el Monarca el nombre,
y el mando, en realidad, otro.

¿Que ha de suceder, creyentes,
que ha de suceder, los moros?...
¡Ay! Rota fué la columna
y en el aire tiembla el solio.

¡Ha muerto Almanzor!... El era
del Califato el tesoro,
de Hixen el alma y el brazo,
la salud, en fin, de todos.

¡Cayó en la lidia!... y entonces
los rivales envidiosos
de la estirpe Beni-Omeya
en rencor estallan y odio.

Y surgen parcialidades;
y nacen designios torvos
y Córdoba régia hierve
en conjuras y trastornos.

Quieren unos que el serrallo
á Hixen proporcione un tósigo,
y llevar los Beni-abades
del poder supremo al colmo;

Otros, de ambicion ardiendo,
la monarquía hacer trozos,
y arrebatar cada uno
su presa en aquel expolio.

Y todo es cábala y crimen
temor, malandanza y dolo;
su faz la discordia osoma,
y de guerra atiza el soplo.

Y en la tempestad desecha,
cuyo trueno ruje sordo,
por la fiel METYMA tiemblan
los prudentes y los doctos.

Pues sin timon y sin brújula
en su barco ciego, impróvido,
los Califas de occidente
cerca estan de un mar sin fondo.

(Se continuará.)

Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.

Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda.

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RENÉ,
calle de la Union, 3, bajo.